

La Novela Americana Cinematografica



Núm. 9

30 cts. El cuarto poder

por
Robert Elliott
Raul Page
Dorothy Ward



STOLOFF, Ben

**LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRAFICA**

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne
Director

AÑO I

Núm. 9

"Protection, 1929"

El cuarto poder

Novela de aventuras de periodismo

Interpretada por

Robert Elliott, ~~Raul Page~~, *Raul Page*

Dorothy Ward, etc.

Dorothy Borgess

Es una producción **FOX**

Distribuida por

HISPANO-FOXFILM, S. A. E.

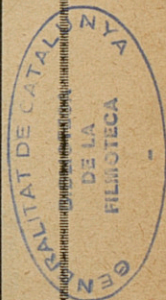
Valencia, 280

BARCELONA

Postal-regalo: **JOSEPH SCHILDKRAUT**

Ediciones **BISTAGN**

Paseo de la Paz, 10 bis. - Barcelona



El cuartito poder

Argumento de la película

Tecleaban las máquinas de escribir en la sala de redacción de "La Crónica", importante diario de Nueva York. Todo era actividad, movimiento, rapidez febril.

Crockett era el redactor jefe; hombre amable, correcto con todo el mundo, fiel cumplidor de su deber, incapaz de traicionar por nada su honor profesional. Uno de esos hombres que ni se doblan ni se venden.

Sentado a una de las mesas se encontraba Chick Slater, un astro reporteril... siempre eclipsado, un chico vivo, listo, buen mozo, pero que pasaba las horas muertas en la redacción, sin sentir la necesidad de correr a caza de noticias, sin otro anhelo que cobrar a fin de mes su sueldo.

Crockett le profesaba verdadera y fraternal amistad, lamentando que el chico se tomara las cosas tan perezosamente.

Viéndole dormitar ante su máquina de escribir, se acercó a él y mostrándole una carta, le dijo:

—Chick, ¿sería mucho pedirte que me consi-

guieras una noticia que necesita el diario?

—¿De qué se trata?

—Lee.

Pasó Chick sus ojos por un papel.

Señor Redactor-Jefe de "La Crónica".

¿Por qué no desenmascara a Jaime Dunning y su banda de contrabandistas? Están viviendo en una lujosa casa en la Isla del Pinar. ¿Es que tiene usted miedo?

Un amigo.

—Bueno... ¿y qué?—dijo Chick con frialdad.

—¿No comprendes que aquí hay algo sensacional? ¡Jaime Dunning viviendo a cuerpo de rey en la Isla del Pinar! He ahí una buena ocasión de reportaje. Corre a buscar noticias.

El sabor de aventura que tenía aquella misión entusiasmó a Chick, quien aceptó alegremente la tarea y salió cantando y riendo en busca de la emoción y de la gloria.

Era Jaime Dunning uno de los más importantes contrabandistas de licores de los muchos que pululan por Norteamérica. Se dedicaba al negocio en gran escala y había sentado últimamente sus reales en la Isla del Pinar, alquilando un chalet que tenía toda la apariencia de un tranquilo refugio.

Ninguno de los habitantes de la isla sospechaba que Dunning se dedicara a asuntos ilícitos, pues realizaba las cosas con toda cautela, sin dar nunca ocasión al escándalo.

Ganaba mucho dinero y eso le permitía vivir como un príncipe. Podía costearse todos los caprichos y había saboreado todos los amores.

Su amiga de turno era Marta, una chica preciosa que vivía con él y a la que profesaba el aprecio superficial de todo lo que puede dejarse sin contrariedad.

Aquel día, había recibido Dunning una carta y un retrato de mujer.

La primera decía:



... había saboreado todos los amores.

Querido Dunning:

Si te gusta esta muestra, el original está a tu disposición. Manda a freír espárragos a tu amiga de ahora y llámame a tu lado.

No te olvidará nunca,

Margarita.

Se echó a reír admirando aquella fotografía. Margarita había sido una de sus anteriores aman-

tes con la que riñó por una futesa, pero que ahora le volvía a parecer muy hermosa. Estaba preciosa la niña... Bien valía la pena de tomar una determinación.

Marta acercóse a él y contempló celosa aquel retrato.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó, despechada.

—Una vieja amiga. Y estoy pensando en que sea “nueva” otra vez.

—Ten cuidado—replicó ella con fiereza—. No juegues con mi cariño... Mira que te puede costar caro.

Dunning se quitó las gafas y miró a Marta con unos ojos siniestros, de frío resplandor, que aterrorizaban. Ella bajó los suyos incapaz de resistir su brillo y se alejó con un poco de miedo.

En una habitación contigua estaban dos sujetos de la pandilla de Dunning, quienes habían observado la anterior escena.

—Cuando se quita las gafas... es verdaderamente peligroso—dijo uno.

—Es verdad...

Y se alejaron, comentando la fascinación que ejercían aquellas pupilas amarillentas cuando no estaban resguardadas por los cristales.

Una hora después Dunning recibía la visita del señor Bogart, importante político, hombre de gran influencia social, exteriormente muy piadoso y bien considerado, pero que, a escondidas, se relacionaba con el contrabandista para tener buenas comisiones en sus negocios.

—¿Qué nuevas me trae, Bogart?

—La protección del Ayuntamiento está en camino... Trabajo para sobornar a altas personalidades... Creo que al fin lo conseguiremos.

—Bien, Bogart. Su labor tendrá la debida recompensa... ¿Dónde vamos a descargar el contrabando esta noche?

—Tengo tomadas mis medidas... En el muelle C... podrá efectuarse la descarga sin peligro.

En aquel instante se volvieron al ver repentinamente una llama y sentir un pequeño estallido.

Bogart cubrióse, horrorizado, el rostro con las manos.

Un hombre, el periodista Chick, estaba frente a ellos con una máquina de fotografiar. Acababa de descargar su magnesio y retratarles.

—¡Miserable!—rugió Dunning, yendo hacia él.

Pero el joven, que había logrado introducirse allí burlando la vigilancia, puso pies en polvorosa y echó a correr sin que fuera posible darle alcance.

—¡Le he reconocido!—exclamó Dunning—. Es Chick Slater, el redactor de "La Crónica".

—Nos ha retratado... Figúrese usted qué compromiso... Hay que evitar esa información.

—Telefonearemos al director.

Llamaron al director-propietario de "La Crónica", un respetable caballero, hombre ya viejo y pacífico.

—Se trata de algo grave, señor... Desearíamos ser recibidos inmediatamente por usted para hablarle de uno de sus redactores.

—Me tienen a su disposición ahora mismo.

—Dentro de media hora nos tiene ahí.

Y los dos hombres subieron a un coche y se hicieron conducir a la redacción de "La Crónica", situada en uno de los grandes edificios de Nueva York.

* * *

Chick, satisfecho de su éxito, volvió al periódico y dejóse caer en un sillón.

Llevaba buen material y era preciso poner manos a la obra. Estaba meditando cómo debería empezar su artículo cuando acercósele Julia Richards, una linda mecanógrafa de la oficina, preciosa muchacha que estaba enamorada de él y no le dejaba ni a sol ni a sombra.

Chick se sentía a veces atraído hacia Julia, pero a menudo le fatigaban sus constantes atenciones, la pesada insistencia de su cariño.

Julia comenzó a explicarle que le había limpiado la máquina de escribir. Daba gusto ahora verla tan pulida y limpia.

—¡Mujer, por Dios, no me des más la lata!—protestó el periodista.

Llegóse a su mesa el redactor de noticias de sociedad, un muchacho afeminado de quien todos se reían.

—Espero que no habrá echado a perder las cosas en Isla del Pinar con su vulgar caza de noticias, ¿eh? Yo tengo allí muchas amistades y...

—No se apure, "Violeta" — contestó, riendo. —todo marcha a pedir de boca.

Crockett, el redactor-jefe, dijo a Chick:

—¿Qué has conseguido?

—Una instantánea de Bogart, ese polícastro piadoso, en conferencia con Jaime Dunning.

—¡Magnífico! ¡Estupendo!... Pero, ¿qué haces ahí parado? ¡Date prisa! ¡Escribe el artículo! Vamos a dar una nota sensacional.

—Bien... hombre...



—¡Mujer, por Dios, no me des más la lata!

—Por favor, ponte a trabajar en seguida... Esto no es una revista mensual.

Julia volvió a acercarse a Chick y comenzó a sacudirle el abrigo.

—Pero, mujer... ¿por qué no te tiras por la ventana y te rompes la crisma?... Así aparecerías en la primera plana. No me molestes más—le gritó Chick.

—Chick, es que llevas la ropa manchada... Tendré que hacerme cargo de tus trajes.

—Mira, Crockett—exclamó Chick, dirigiéndose al redactor-jefe que se llevaba el “clisé” de Dunning y Bogart—, si quieres que haga el artículo, procura que esa mujer me deje en paz.

—Ande, Julia... vaya a su obligación, que Chick tiene que realizar un trabajo de mucha responsabilidad.

La mecanógrafa volvió a su sitio y Chick comenzó la redacción de su artículo dando cuenta de las relaciones que unían a Jaime Dunning con un famoso político cuyas virtudes eran proclamadas hasta entonces como artículo de fe.

Poco después, Dunning y Bogart se entrevistaban con el director de “La Crónica”.

Bogart explicó rápidamente el objeto de la visita. Chick, uno de los reporteros, se había introducido en casa del señor Dunning, haciéndoles una fotografía...

—Yo no sé lo que se propone ese señor... pero sea lo que fuere... no quiero que se publique ninguna noticia relacionada conmigo.

—No creo que mi redactor desee hacerles el menor daño.

—Prescinda usted de ello. Nadie tiene derecho a meterse en la vida privada, y esa información es una indelicadeza.

—Sin embargo... comprenda que la misión del periódico...—dijo, vacilante, el director.

—Yo no comprendo nada. Usted será dueño de este diario... pero yo soy un político conocido... y Jaime Dunning es un ciudadano preeminente.

—Bien... no quiero que ustedes se molesten... No se publicará la fotografía, ni nada que haga mención de ella.

Hizo llamar a Crockett, que estaba trabajando en su despacho y esbozando por su parte varios artículos en los que daba cuenta de que un político había conferenciado secretamente con Jaime Dunning y que "La Crónica" tenía pruebas de que el célebre contrabandista gozaba de protección oficial.

Al aparecer en el despacho del director, reconoció inmediatamente a los dos visitantes como los mismos de la fotografía.

—No publique nada acerca del señor Dunning—le dijo el director.

Crockett sonrió, echó una mirada desdeñosa a los dos cómplices y luego encarándose con su jefe, le dijo:

—¿Va usted a permitir que haya alguien que sea más director que usted y más redactor-jefe que yo?

—Crockett, cumpla lo que le mando.

—No, señor. Me marchó a "El Clarín" y allí publicaré lo que se me antoje.

—Eso no lo hará porque...—le dijo Dunning, amenazador.

—Se equivoca. Usted no tiene idea de la campaña que puedo hacer con un periódico honrado.

—Cuidado, que está jugando con fuego—gritó el contrabandista.

—Es mi deporte favorito.

Y se alejó sonriente, con la satisfacción del hombre que escucha la voz de su conciencia.

Volvió a su sitio, recogió sus papeles, su máquina de escribir y anunció que por haber tenido una discusión con el director se marchaba a "El Clarín", donde muchas veces le habían ofrecido el importante cargo de redactor-jefe. En aquel otro diario neoyorquino, periódico de batalla, valiente, podría desarrollar mejor sus actividades.

Entre los redactores hubo consternación al saber que Crockett se marchaba. ¿Dónde encontrarían un jefe tan bueno como él?

Chick sintió profundamente su marcha, pero quiso disimular y le dijo:

—"El Clarín" es un diario que ha estado enfermo desde hace años... Contigo de redactor-jefe morirá en una semana.

—Tú no irás al entierro... y eso ya es algún consuelo.

Y despidiéndose de todos, salió precipitadamente. Seguro estaba de que en "El Clarín" le recibirían con los brazos abiertos.

—Me alegro que se haya marchado—dijo Julia que le profesaba cierta antipatía porque algunas veces había reñido a Chick—. Ese hombre ejercía mala influencia sobre ti.

—Crockett es el mejor periodista del país—replicó severamente Chick, no queriendo que nadie le criticase en su ausencia y demostrándole verdadera amistad.

Momentos después apareció en la sala de redacción, el director acompañado de Dunning y el político Bogart.

Estos últimos examinaron con una sonrisa fría a Chick y éste a su vez, les contempló, reserva-

do. ¿Qué hacían allí aquellos pájaros de mal agüero?

—Chick—dijo el director, sonriente—, tengo buenas noticias para usted. He determinado nombrarle redactor-jefe.

Rápidamente apareció ante los ojos de Chick todo lo que había ocurrido. La presencia de aquellos dos hombres, la súbita marcha de Crockett, aquel imprevisto nombramiento de redactor-jefe... No tuvo duda de que se trataba de una celada y que aquellos contrabandistas querían comprar su silencio.

—¡Gracias!... ¡No acepto!... ¡Yo también me voy!—exclamó, decidido.

Y cogiendo su máquina de escribir—cada redactor tenía allí la suya de propiedad—miró despectivamente a Dunning y salió de la sala morisqueando un cigarro puro.

¿Qué se habían pensado?

Dunning miró con temor a su compañero... Pero el director aseguróles formalmente que en "La Crónica" no aparecerían noticias que pudieran molestarles.

Ahora el peligro se había trasladado a "El Clarín"...

* * *

Como había supuesto Crockett, en "El Clarín" le recibieron de mil amores, nombrándole inmediatamente redactor-jefe. Llevaban muchos meses esperando que aquel periodista integérrimo ingresara en la redacción.

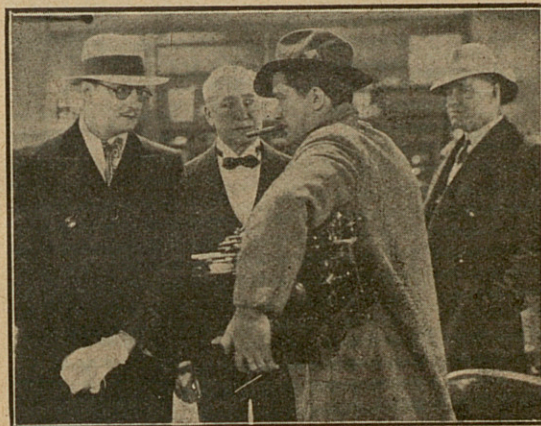
Crockett había comenzado su primera crónica.

"El Clarín" le declara la guerra a Dunning"

Y seguía una serie de comentarios valientes, decididos, de gente que arrostra toda la responsabilidad de su campaña.

Los redactores comentaban en voz baja su labor, augurando acontecimientos.

Se hallaba Crockett entregado a su ocupación, cuando apareció Chick, sonriente y campechano, con la máquina debajo del brazo.



...miró despectivamente a Dunning.

—¿De modo que te echaron de "La Crónica"?—le preguntó, sorprendido, el jefe.

Vaciló Chick en responder, no queriendo confesar que le habían ofrecido el mismo cargo que Crockett desempeñó antes... No... A los ojos de su amigo, Chick quería ser siempre inferior. Y contestó con profunda delicadeza:

—Tuve que irme para quitarme de encima aquella chica tan tonta.

—Pues, quédate conmigo. Y comienza consiguiendo más noticias acerca de Dunning... Quiero mantener la campaña sin interrupción.

—Así lo haré.

—Deja tus cosas en aquella mesa... y sal a investigar.

Chick hizo lo que le ordenaban. Sentóse para descansar breves momentos antes de salir.

Una muchacha avanzó por el salón dirigiéndose a la mesa del redactor-jefe. Era Julia.

—¿Usted aquí?

—Señor Crockett, lo que este periódico necesita es una joven como yo. Por eso me he marchado de "La Crónica".

—Pero, señorita...

Chick rogó con todo disímulo a su amigo que no la admitiera. ¡Sólo faltaba que aquí viniera también a importunarle esa mujer! Pero Crockett, riendo, repuso a Julia:

—Tendré que buscarle un puesto... Chick me hizo prometer que la emplearía.

—¡Qué contenta estoy!

—Vaya usted a aquel sitio... y ya le daré trabajo.

Julia vio a su simpático Chick y corrió a saludarle. El la miró con gesto de resignación.

—No podemos vivir el uno sin el otro, Chick, ¿verdad? Así se lo dije al director de "La Crónica". Y aquí estoy.

—Julia... me alegro... pero... estoy muy ocupado... no me molestes. Voy a salir...

Otro periodista había llegado a la sala. Era el cronista de sociedad a quien Chick llamaba "Violeta", quien acercándose a Crockett le rogó le admitiera en "El Clarín". El no podía estar lejos de Crockett. ¿Aceptaba?

¡Diablo! ¿Es que en "La Crónica" iban a quedarse sin ningún redactor?

—Sea — dijo Crockett—. Aquí siempre habrá algún lugar para usted... Aunque sea para llevar los originales abajo.

—¡Oh, señor Crockett!

Y riendo, el afeminado periodista fué a ocupar una de las mesas a tiempo que Chick abandonaba la redacción para adquirir nuevas noticias sobre el asunto del contrabando.

* * *

Chick conocía el lugar donde iban a desembarcar un alijo de contrabando. Lo había oído horas antes al propio Bogart. Y allí se dirigió y aprovechándose de la obscuridad nocturna, tomó una fotografía en el momento en que unos cómplices de Dunning efectuaban el desembarco. El sitio donde éste se realizaba era muy cercano a la quinta que habitaba Dunning.

La luz del magnesio rasgó la obscuridad y sorprendió profundamente a Dunning y a Bogart que estaban hablando junto a la ventana de su quinta.

—¡Es ese periodista otra vez! — rugió Dunning—. ¡Nos está comprometiendo! Hay que alcazarle de todas maneras.

Cogieron unos fusiles y subiendo a un coche se lanzaron en su persecución.

Chick había montado a su vez en un automóvil y corría a toda marcha en dirección a la ciudad.

Del coche enemigo partieron varios disparos y Chick sintió como una pedrada en el brazo. Pero sin disminuir la velocidad, consiguió llegar a la capital encontrándose al poco ante la redacción de "El Clarín".

Los contrabandistas, viendo fracasado su intento de darle alcance, no quisieron comprometerse demasiado y al llegar a Nueva York abandonaron la persecución.

Algún día habrían de cazarle. No se les escaparía tan fácilmente...

El coche de Chick detúvose en seco, y el joven, tocándose el brazo herido, fué a descender.

Le rodearon numerosos transeúntes, preguntando lo que había sucedido. Pero Chick, sin responder, se apeó del auto y entró como un gamo en la redacción.

Al verle, pálido y con el brazo colgante, Crockett le preguntó afectuoso:

—¿Te hirieron, Chick?

El sonrió, sin querer dar importancia a la cosa.

—No, estaba recogiendo flores en el jardín, y me picó una avispa—dijo.

Corrió Julia hacia él y le acarició bondadosamente:

—¡Mi héroe, mi valiente!

Ella misma le curó la herida, se la desinfectó, comenzó a vendarla, con una interminable venda.

Por fortuna la herida carecía de importancia, no era más que un ligero rasguño.

Pero, Julia, seguía envolviendo aquel brazo, hasta que acercóse Crockett y agotada su paciencia, le dijo:

—No siga jugando con ese rasguño, Julia... Su héroe tiene que terminar un artículo para esta edición, contar lo que acaba de sucederle.



Le rodearon numerosos transeúntes...

Chick dirigióse a su mesa mientras Julia decía al redactor-jefe:

—No vuelva a encomendarle a Chick otra misión peligrosa... sin que vaya yo.

—Ya le tendré a usted en cuenta, no se apure. Crockett avanzó hacia donde estaba su amigo. El joven Chick se hallaba preocupado.

¡Demonio! Aquellos tiritos le decían que las cosas iban de veras... ¿No acabarían agujereándole la piel si seguía realizando su campaña periodística?

Y como si el redactor-jefe adivinara aquellos pensamientos, al ver a Chick huraño y triste, le dijo:

—¡Cobarde!... Le tienes miedo a Dunning... Eres desleal al periódico.

—¿Yo?

—Sí, tú, que porque te han herido un poco en el brazo, ya parece que no quieras luchar más. Estás ahí sin hacer nada, con cara de hastío.

—¿Cobarde yo? ¡Ah! ¿No sabes que tengo otra fotografía comprometedora? Y voy a publicar ahora unos informes que nos mandarán a los dos al otro mundo.

—¡Hazlo!

—Vas a ver... Que nadie me moleste.

Y escribió cuanto había visto aquella noche... y a la siguiente mañana, "El Clarín" publicaba una sensacional información sobre Dunning, su contrabando en la Isla del Pinar y la ayuda misteriosa que recibía de algún ilustre personaje.

Y no se habló de otra cosa en toda la ciudad.

* * *

Pasaron unos días. Dunning no había perdido la serenidad ante el peligro. Cuando le preguntaban lo que había sobre la denuncia de aquel periódico, respondía que se trataba de una venganza. Y se mostraba tranquilo ante el público como si fuera realmente inocente.

Pero ¡ah, los malditos periodistas! ¡Qué deseos tenía de poder vengarse de ellos!

Mientras tanto, se preocupó de otras cosas. Se dispuso a reconciliarse con Margarita, su antigua amante, y licenció a Marta, la amigueta hasta entonces de turno.

El mismo arregló el equipaje de la muchacha y cuando Marta le pidió explicaciones, le contestó, sin inmutarse:

—Te vas a marchar... para no volver... ¿comprendes?

—No seas tonto... De mí no te deshaces tan fácilmente—contestó reprimiendo su indignación.

—Esta misma noche, saldrás de aquí... y sin replicar.

Y así fué, y Marta tuvo que marcharse de aquella casa de la que se creyó eternamente señora...

¡Qué infamia! Dirigióse a un hotel de Nueva York esperando la ocasión propicia para vengarse de su amante.

Estas noticias fueron pronto del dominio público y Crockett se enteró de ellas.

—Corre el rumor de que Dunning ha reñido con su amiga...—le dijo a Chick—. Está en el Hotel Majestic... vete a verla.

Ni corto ni perezoso, Chick se encaminó al hotel y se hizo anunciar a la amigueta de Dunning.

Esta le recibió con viva extrañeza, preguntándole lo que deseaba.

—Soy Chick Slater, de "El Clarín" —dijo, sonriente—. Quiero hablar con usted acerca de Jaime Dunning.

—Nada tengo que ver con ese hombre—contestó, despechada—. Si necesita algún dato, vaya a preguntárselo a él.

—Verá... a mí no me interesa... pero me dió ciertas noticias acerca de usted y antes de atacar a una mujer... debo tener la seguridad de no equivocarme... y tomar informes del delator.

Una luz de odio iluminó sus facciones.

—Mire—dijo—, sé de ese hombre lo suficiente para ahorcarlo. ¿Qué dijo de mí?

—Pues... que usted se dedicaba al comercio de tóxicos... y que iba a denunciarla—murmuró, inventando una historia para provocar la indignación de Marta.

—¡El canalla! ¡El embustero!—rugió—. Pues sepa usted que no es verdad, que el único que está fuera de la ley es ese Dunning... contrabandista, ladrón... ¡Ah, necesito castigarle!... Quiero que usted vea por sus propios ojos la conducta de ese hombre. Venga conmigo.

Contento de haber logrado aquella colaboración, Chick salió del hotel con Marta.

Encontróse en la calle con Julia, su bella adoradora, que le había seguido hasta allí.

La dulce muchacha viéndole en compañía de otra mujer, le preguntó:

—Pero, ¿dónde vas? ¿Quién es esa señora?

—¡Calla, tontuela! Se trata de un asunto de la redacción... Anda, no importunes.

Marta se había alejado unos pasos.

—¿No te olvidas de mí? ¿De veras? — insistió Julia.

—No, mujer, no—dijo suspirando—; pero no me molestes ahora. Es una cosa grave.

Subió al coche con Marta y emprendió rápida carrera. Pero Julia, sin tenerlas aún todas consigo, y presintiendo un peligro para su Chick, subió a otro *taxi* y ordenó que siguiera al de la pareja.

El auto del periodista tomó el camino de la Isla del Pinar.

En el chalet que en ella poseía Dunning se celebraba a aquella hora una gran fiesta.

Dunning había invitado a todos sus aristocráticos vecinos, deseoso de demostrarles que no temía las "infamias" de "El Clarín". Al propio tiempo, aquella fiesta iban a demostrarle hasta qué punto sus conocidos hacían caso de tales campañas de prensa.

Acudió bastante gente. Dunning pudo tener la satisfacción de pensar que no estaba del todo perdido. Eran muchas las personas que no creían en aquellas noticias.

Marta y el periodista llegaron al palacio.

—Le dejaré entrar por la puerta lateral—dijo ella—y así verá usted con sus propios ojos cómo Dunning paga a algunas personas por la protección que disfruta de ellas.

Así lo hicieron y llegaron a un despacho-biblioteca, una estancia apartada del bullicio.

—Aguarde aquí... tras ese cortinaje.

Marta se alejó...

Poco después alguien entraba en la biblioteca. por la misma puerta empleada por Chick, y éste, temiendo que fuese alguien que le hubiera visto,

se aprestó a defenderse de cualquier ataque, pero vió, asombrado, que se trataba de Julia.

—Pero, ¿estás loca?—le dijo—. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—Tenía miedo que te ocurriera algo...

—¡Estúpida!... Pero, ¿no oyes?... alguien se acerca... Milagro será que tu intervención... ¡Silencio!...

Marta había entrado en la casa por la puerta principal. Dunning, que hacía los honores a los invitados, la vió llegar y sintió que latían con violencia sus sienes.

¿Por qué venía aquella mujer? ¿No habían terminado para siempre?

Marta le saludó con afecto.

—¿Por qué has venido?

—Deseaba verte otra vez. No se olvida tan fácilmente un amor como el tuyo—le respondió con sarcasmo.

—Salgamos de aquí.

Le hubiera disgustado que sus invitados le viesen con aquella mujer. Se dirigieron a la biblioteca.

El periodista y su novia escuchaban, nerviosos, tras el cortinaje.

—Supongo que no querrás prolongar más esa situación—dijo él, severamente.

—¿Por qué no?

—¡Cuidado, Marta!

—¿Me amenazas? Quien ha de ir con cuidado eres tú... porque tú sabes que si quisiera, podría hacerte mucho daño.

Aquellas palabras estremecieron a Dunning.

Tuvo el presentimiento de que aquella mujer le estaba traicionando.

Sus ojos relampaguearon airados, tras de las gafas.

—Desde hace tiempo vengo pensando que te debo algo—dijo de repente.

—¿Me debes?

—Sí... y ahora voy a pagarte.

La cogió rudamente por una muñeca y a pesar de la protesta de Marta que veía brillar un siniestro resplandor en aquellos ojos, la arrastró fuera de allí, llevándola a otra habitación contigua.

Se sintió un ligero rumor de lucha y de pronto un ¡ay! trágico como la llamada de la muerte.

Horrorizado, Chick fué a salir, pero Julia le contuvo, pues en aquel instante, volvía a aparecer en la biblioteca el miserable Dunning. Llevaba en mano las gafas que se limpiaba con un pañuelo. En sus ojos parecía morir un último resplandor de odio.

Cerró tras de sí la puerta de la estancia contigua. Allá en tierra estaba el cadáver de aquella mujer, asfixiada por las manos potentes de Dunning.

¡Estaba pagada! ¡Así hacía él con las personas que no eran razonables!...

Momentos después entró en la biblioteca, el político Bogart con otro cómplice.

Dunning recobró la serenidad. Era preciso evitar que se descubriese el crimen.

Con un gran esfuerzo de voluntad habló con Bogart y entregó dinero a los dos hombres por la

ayuda que le habían dispensado en anteriores operaciones.

De pronto lanzó una exclamación de cólera, de rabia sorda.

—¡Oh, esos cortinajes se han movido!

Corrieron hacia ellos; no había nadie. Pero Dunning tuvo la seguridad absoluta de que alguien se había escondido allí y presenciado el asesinato que acababa de cometer.

—¿Quién habrá espiado, quién?—gritaba.

Salió al jardín y vio a una pareja de invitados que hablaba muy queda y sosegadamente. No, éstos no podían ser los espías.

El temor y la indignación se apoderaron de Dunning. La extraña visita de Marta podía ser indicio de que alguien había venido con ella.

Bajó corriendo al jardín ordenando a dos de sus cómplices que subieran a un auto y marcharan por la carretera a toda velocidad para detener a algún coche que les pareciese sospechoso.

Entretanto, Julia y Chick corrían ya en su automóvil. Después que Dunning hubo cometido el crimen, ellos, deseosos de comunicar la noticia al periódico, se alejaron y fué al salir cuando involuntariamente movieron el cortinaje.

—¿Creés que Dunning nos vió?—preguntó Julia.

—No temas; me parece que no.

No se habían dado cuenta de que el coche de la pandilla de Dunning seguía sus pasos. En efecto, aquellos dos hombres habían reconocido al periodista y trataban de darle alcance.

Al llegar a la ciudad, Chick detuvo su vehículo ante un café y dijo a su amiguita:

—Entraremos en ese bar. Llamaré desde allí por teléfono. Quizá alcance la última edición del diario.

Ya dentro, Chick vió que desde la puerta le observaban dos hombres y que uno de ellos ocultaba apresuradamente un revólver. Les reconoció. Eran dos de los contrabandistas que él había retratado en la isla la noche del desembarco.

Nada dijo a su compañera y tomó asiento junto a ella, frente al mostrador.

Si telefoneaba, estaba perdido; dispararían contra él, creyendo que iba a denunciarles. Era mejor obrar con toda cautela.

Los hombres de Dunning esperaban afuera y aunque uno de ellos fué de opinión de disparar contra Chick, el otro le dijo:

—Espere. Acabaremos con ellos cuando salgan.

Chick comenzó a realizar su plan. Echó al aire copas y jarros, rompió varios platos, se apoderó de varias botellas y las estrelló contra el suelo.

Parecía como si de repente se hubiese vuelto loco.

Los camareros y el dueño intentaron contenerlo, pero él seguía haciendo barbaridades.

Julia, advertida por una mirada significativa de él, callaba.

El dueño del bar llamó por teléfono a la delegación de policía más próxima.

—¡Auxilio!... Un loco está acabando con mi establecimiento...

No tardaron en llegar en coche, unos cuantos

guardias, quienes se llevaron al irascible loco y a su compañera.

Los dos afiliados a la banda de Dunning, al ver a la policía desaparecieron. ¡Nunca quisieron tratos con esa gente!

Ya en el coche celular, el joven y arriesgado periodista identificó su personalidad y la de su compañera.

—Los bandidos de Dunning querían asesinarme. Tuve que pedir auxilio de alguna manera...

Le creyeron al ver su credencial de reporter.

—Se trata de algo muy grave. Llévennos a la oficina de "El Clarín"—dijo Chick.

Accedieron los guardias y el automóvil torció en dirección al batallador periódico.

Entre tanto, los esbirros de Dunning habían telefonado a éste.

—Eran reporteros de "El Clarín"... pero lograron escapar...

—¡Hagan algo!—gritó Dunning, poseído de pánico ante la idea de ser detenido como contrabandista y asesino—. ¡Vuelen la imprenta!... Pero hay que impedir que esa gente publique noticia alguna.

—¡Conforme!

Julia y Chick habían llegado a "El Clarín". Después de tantas emociones, se sentían ahora satisfechos de verse en aquella casa. Chick iba a redactar el artículo anunciando el asesinato de Marta, la amiga de Dunning, asfixiada por éste.

La redacción del periódico estaba situada en el primer piso y los talleres en la planta baja del edificio.

De pronto estalló una bomba que uno de los cómplices de Dunning lanzó contra el taller.

Por fortuna no ocasionó desgracias personales y sí únicamente daños de consideración.

Los nervios vibraban. Iban los redactores alborotados presintiendo el trágico combate. Crockett, frío y enérgico, no estaba dispuesto a dejarse amilanar.

—Una de las rotativas está destrozada, señor Crockett—le dijo uno de los obreros.

—Empleen la otra sin parar.

Y se trabajaba febrilmente para publicar aquella extraordinaria edición.

Pasó una hora. Chick había ya escrito su artículo... Libre ya de obligaciones se consideró feliz al encontrarse al lado de su amiguita Julia. Notaba en los ojos de ella un brillo nunca visto, descubría en todas sus palabras una graciosa simpatía...

Hablaron mucho.

Julia se levantó y dijo, sonriente, a Crockett:

—Señor Crockett, ¿me deja salir por una hora?

—Sí.

Momentos después era Chick quien le pedía a su amigo y jefe:

—El artículo ya está en la forma. ¿Me permites que me ausente durante una hora?

—¿Tú también?

—Sí, chico...

Adivinando de lo que se trataba, le concedió la autorización.

Y los dos muchachos, al encontrarse en la calle,

se encaminaron a casa de un pastor para que rápidamente les diera la bendición nupcial.

* * *

Dunning se había decidido a ir a visitar a sus enemigos de "El Clarín".



...se consideró feliz al encontrarse al lado de su amiguita.

Detúvose un momento ante el edificio donde se veían los destrozos ocasionados por la bomba.

—El responsable de este desmán debería estar en la cárcel—dijo un hombre que se había detenido a contemplar los efectos del explosivo.

Dunning se encogió de hombros y subió a ver al redactor-jefe.

No se inmutó éste en lo más mínimo al verle y oír como Dunning le decía a tiempo que tomaba asiento ante él:

—Crockett, le queda una hora de vida.

—¿Nada más?—exclamó, desconcertando a su enemigo que había ido allí con el propósito de acobardarle, impidiéndole que publicara lo ocurrido en la Isla del Pinar.

En aquel instante llamaron al teléfono. Era la esposa de Crockett que le indicaba los artículos que debía comprar al salir él del despacho.

Con absoluta tranquilidad, Crockett fué apuntando lo que ella decía:

—Una docena de huevos. Media libra de mantequilla. Unos cordones de zapatos para el niño.

—Eso mismo—respondió la esposa.

—Está bien, alma mía, hoy llegaré a casa temprano.

Dejó el teléfono y siguió trazando rasgos y líneas en un papel.

Dunning le contempló, no ya con admiración, sino con espanto. Aquel hombre no se acobardaba por nada; ni amenazas, ni atentados, nada doblaban aquella voluntad férrea.

Su desconcierto llegó al colmo cuando Crockett, mostrándole un papel en el que acababa de dibujar un hombre colgado, exclamó:

—Hace tiempo que debería estar usted colgado... y creo que se le aproxima la hora.

Fallaron los nervios de Dunning. Tembló de pies a cabeza. Se sintió irremisiblemente perdido. Crockett iba a dar implacablemente la funes-

Miró sonriente a su amigo Chick.

—Te concedo la licencia. Pero antes de que te marches quiero hacerte una pregunta. ¿Por qué te casaste?

Y Chick contestó, guiñándole un ojo:

—Fué el único medio que se me ocurrió para impedir que Julia viniera a la oficina.

Y acariciándose con delicia, los dos jóvenes marcharon hacia el amor.

* * *

Al otro día, publicadas en el periódico las sensacionales noticias y descubierto el asesinato de Marta, era detenida toda la banda y también el político Bogart, que quedó deshonorado ante el país entero por su ayuda a los enemigos de la ley.

• F I N

NO SE OLVIDE DE

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de nove'as modernas

Le interesa

30 cts.

La Novela de la Modistilla

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

